

ga á hacer luego vela para peregrinar por las aguas del Palaoapan en busca del vellocino de oro, oculto siempre trás el azul de aquel desfile brumoso de montañas que ciñen el horizonte marcando la silueta ondulante de la lejana y empinada serranía.



El Patio.

FUÉ siempre la mujer amiga de la flor, porque no le quita hermosura ni le provoca celos, antes bien la adorna y la mejora; y con el cuidado y trato que le prodiga, parece que se asimila algo de su lozanía y todo de su frescura.

Y aquí en el terruño— donde el año entero es un dilatado abril— son las flores para nuestras mujeres ornato de sus galas y regalo de sus deseos, que no aderezo y deleite de sus sentidos; con ellas se adornan, sencillas, y en ellas se miran, complacientes, como en el más estimado y precioso don que la pródiga naturaleza derramó sobre el haz de la tierra, para transfigurarla en bello y donairoso trasunto del Paraíso antes del pecado.

La costeña necesita de un pedazo de tierra, en el cual poner juntamente con su cuidado mucho de su cariño, para cultivarlo y hacerlo florecer galano.

CAPÍTULO VII

Y la tierra, dócil á su afán, agradecida brota en flores coloridas lo que su cultivadora le da en prolijos y asiduos cuidados.

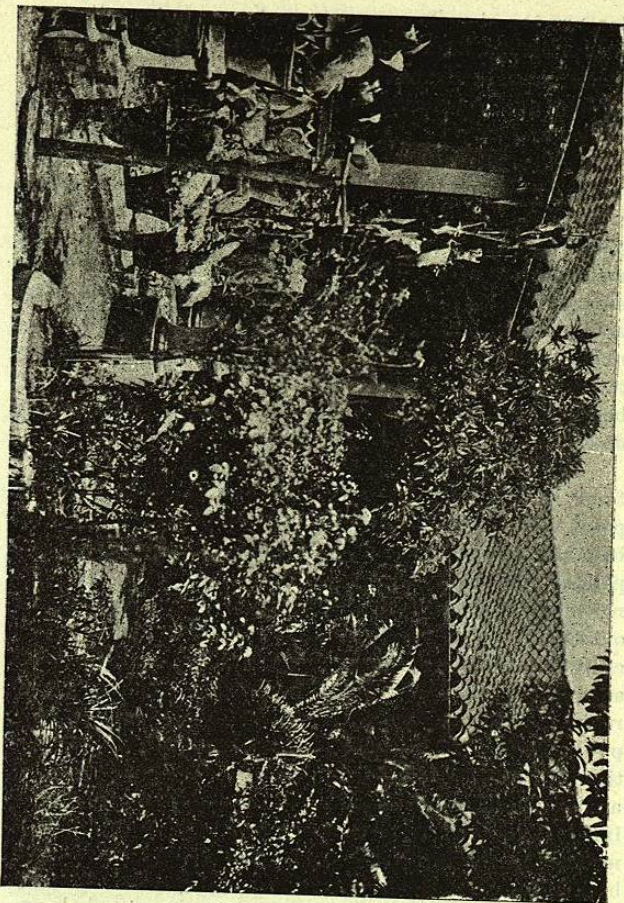
Cuando los vientos invernales azotan con sus bramantes ráfagas la verdura del patio, deshojando las flores que perfumadas y frescas desafían la rudeza del aquilón airado, tal creemos que no reflorearán en mucho tiempo; pero luego que marzo con sus días soleados y sus cortas y serenas noches nos visita, comienza la tierra á vestirse de hermosura, fertilizanse los campos, las hierbas principian á variarse de colores, los árboles echan renuevos y los pájaros calientan sus nidos; todo brota, todo nace, y retoña: las yerbas se abren en flor, el árbol se corona de brotes, y sobre las tapias— altas y ruinosas— y las cercas— de cañas y estacas viejas y débiles— los bejucos florecientes, con mantos violetas, rosas y rojos, asoman su lozanía para recreo de los ojos y viva y rica delicia del olfato.

Reviven los árboles antes mustios; sonríe la pradera y jubilosos se muestran los reverdecidos campos y las floridas espigas; por donde quiera la lujuriosa vegetación se reproduce: desde la hierbecita humilde y rastrera, que se esconde vergonzante en la vera empolvada y estrecha, sombreada por la invasora enredadera prendida de campanillas azules, rojas ó violetas, hasta los troncos seculares que extienden potentes sus largas ramazones entre las umbrías del bosque, en una gama de colores brillantes al sol y orientes á la sombra, un diluvio de verdosos tonos que no alcanzaría á reproducir veraz la paleta del pintor más afortunado: verde esmeralda, verde tierno, verde mar, verde té, verde aceituno y después, manchas obscuras dilatándose en azulinas perspectivas que se vuelven brumosas allá en la línea dibujada del diáfano horizonte, donde á veces una palma solitaria como un signo interroga á los cielos; no hay palmo de tierra que se quede perezosa y holgazana: los campos se ostentan fértiles en tierra seca, se levantan derechamente los troncos sosteniendo frondosa copa, se recoge el fruto sin siembra, desata la pradera sus floreci-

llas, arrojan al suelo sus azahares los naranjos y limoneros; las riberas, besadas de continuo por el río, ofrecen hermosos lirios de suaves colores; no hay tallo que no florezca ni rama que no fructifique; parece la tierra viciosa y el patio fecundo en crear plantas y dar flores; los maizales crecen sin lluvia y los frutos se maduran con mieles; los pájaros picotean en las ramas y desgranar los maíces; algarabía de alado coro puebla las copas puntiagudas y las tupidas ramas; florea la caña su penacho por entre el verdor susurrante de los plantíos; la mazorca de dorado grano, peluda y rubia, riza su cabellera al soplo de la brisa, en tanto el platanar, lustroso y sonoro, expande al aire sus sazonados frutos; las piedras tórnanse en perlas y el rocío matutino en diamantes por los reflejos solares, las ramas en buscados quitasoles y los renuevos en jugosos racimos: todo está brillante con los esplendores de primavera!

Entonces el patio es una maravilla de color y de perfume; se llena de inquietas abejas que zumban, de mariposas volubles que loquean, de sedientos colibríes que liban; allí las opulentas rosas blancas, cremas y amarillas, pálidas y encarnadas, de gráciles pétalos, abren sus botones movidos por el viento, exhalando grande fragancia de olores; allí las pudorosas azucenas— emblema de pureza— espigan, niveas, sus corolas con estambres de oro, hacia el sol que las besa libertino para robarles irisadas gotas de rocío; los vistosos claveles rojos, cual mojados en sangre púber, desatan sus flores rizadas; las rientes clavellinas matizan el verdor del patio desde la orilla de los almagrados arriates; el heliotropo odorante, embriagado de sol, vacía indolente el perfume de su pebetero; las humildes violetas, medrosas y escondidas, apenas asoman debajo de los yerbazales humilladas por la insolencia de las margaritas, y las *gachupinas*, que se ensanchan en lozanía por toda la extensión del patio; las colgantes *jardineras*, con sus colores crema, punzó y violado, se enredan juguetonas en el tronco de los arbustos y alzan en espirales sus *guías* hasta tocar airoosas las ramas altas de los guayabos, mangos y li-

CAPITULO V. EL PATIO



moneros; y el "no me olvides" y el "pensamiento" simbólicos, con sus azules y moradas y negras y amarillas y aterciopeladas flores manchan y alegran bajo la sombra de los jazmines y de las astronómicas; las orgullosas é inodoras

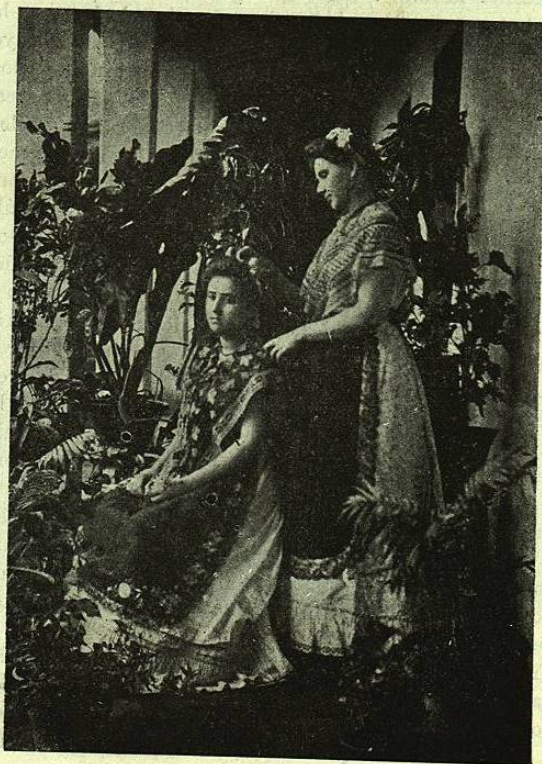
dalias, de acanaladas hojas, desde el rojo y el púrpura, descolorándose en todos los tonos hasta llegar al blanco, gallardas se empinan por cima el "vuelo de ánge", los "chinos" y los "perros" que tiemblan diminutos en sus macetas; en el fondo del patio blanquean las gardenias, los jazmines-rosas, de Amela y de Arabia, los lirios, los floripondios, las amapolas y las *chilalagas*; y en la hora del silencio, cual florido *Pierrot* de la campiña, abre su broche perfumado el noctívago de los vergeles, que "dormido nunca lo encontró la luna": el oloroso "galán de noche"; la ixora, de hojas casi negras, se enflora de colorado intenso; la vara de *San José* florece, pintada y gentil, al primer rayo del sol de marzo, irguiéndose sobre la exuberancia de los rosales; y cerrando el término del patio, enfilados y alegres, los múltiples tulipanes, vestidos de rojo—como monaguillos en aquella fiesta floral—se pavonean altivos llevando en medio de su nectario airón trémulo, espolvorizado de polen, que sacude el soplo del céfiro; los chupamirtos liban el último sorbo de miel del siempre abierto cáliz de los colorados tulipanes; y allá, por remate de vegetación tan fértil, que el sol vivifica y no quema, el *quiscal*, reflorecido y fecundo, retuerce sus nudosas y apretadas ramas por arriba del techo, estrellado de flores blancas y rosas y rojas; á medida que el astro del día se pone alto, las flores blancas, que humedeció el rocío nocturno y palideció la luna, se abrasan en fuego de sol para cambiarse paulatinamente en rojas; y ya de tarde, borrachas de luz y de perfume, caen aletargadas en el menudo césped cual gotas de sangre desprendidas de oculta y misteriosa herida que se abre por dentro del ramaje; y es que la flor que fué blanca en la mañana se va trasmutando en roja, caldeada por fuego que viene del cielo, fuego que mata la flor, pero que alimenta y vigoriza la planta.

Y afuera, en la calle, no hay intersticio, ni hueco, ni pulgada de tierra que no se enflora y verdece; el árbol del fuego tiñó de rojo sus horizontales ramas y alfombró de pétalos el mullido zacate que sombrea; los súchiles abren sus

CAPÍTULO V. EL PATIO

cajetes de olorosas y palidecidas flores, asomadas curiosas por encima de las cercas; y las yerbas y el césped de todas las calles huelen y brillan y surrien.

Para la costeña es ocupación muy de su gusto, y más de su cuidado, el riego en los ardorosos días del estío y la poda en las mañanitas tibias del otoño, ó en las tardes teñidas de grana del verano; el patio es un rincón querido para ella; en él cultiva la tierra que feraz produce la flor, notable adorno de su cabellera, ó grato y esperado presente



para el novio, ó sencilla ofrenda para el muerto querido, ó para la imagen a la que.

La flor es para la mujer costeña — nada metida en prendidos ni en figurines de moda — adorno preferido de su cabeza, parte íntima de sus recuerdos; no se concibe una hija de esta tierra sin flores en los cabellos; las llevan lo mismo la rapaza que la anciana, la bella que la fea, la jamona que la casada, la ataviada que la andrajosa; las ponen entre la lustrosa trenza ó en el cintillo vistoso que ciñe la cabeza, y cuantos aromas vierten el jazmín-rosa, el nardo, ú otras flores odoríferas, los cobran sus cabellos sueltos y bañados; también sobre el casto seno prenden flores de muy fragante olor, sean silvestres, sean cultivadas; costumbre ésta sana y sencilla, y adorno genial que es una singularidad que las distingue y un adorno que las embellece.

Las mujeres casadas llevan la flor de la diestra, y las solteras de la izquierda; sépanlo galanteadores y aprovechenlo doncellas ignorantes de tales usos.

En los templos y en los altares las flores se prodigan, aún en los meses que no son mayo, en el cual las fiestas religiosas y vespertinas convidan á las niñas á llevar y ofrecer de hinojos flores y coronas á la virgen reverenciada; en los hogares nunca faltan, ya en jarrones que adornan la modesta sala de recibo, ya en humildes vasos al pie de la estampa de la alcoba, mostrando suave fragancia que trasciende por toda la casa.

El patio es un recuerdo grato y perenne de nuestra niñez: allí vemos el alto y copudo árbol en que colgamos nuestro columpio, ó á cuya sombra corrimos traviesos con nuestro rodante aro; allí, en mitad del patio, como centinela avanzado y viejo, se endereza todavía robusto, entre verde y siempre exuberante vegetación, un añejo naranjo, sin puntal que lo sostenga ni nada que lo circunde, con apretadas ramas cubiertas de hojas lustrosas y verdinegras; un tanto grueso el tronco, obscuro de corteza, salpicado de gotas, brillantes y flavas, de pegajosa savia; floreciente de flores en la primavera y cuajado de frutos en el otoño, cuan-

do las abejas golosas chupan insaciables las mieles de los jardines; de él se cortaron los azahares para desposar á mi madre, y en él los *pichos*, coquetones y ruidosos, se perfuman el plumaje tornasolado en un expansionamiento de plumas que hace caer por sobre las hierbas lluvia olorosa de blancas y menudas flores; allí se apacentó nuestra vista de niño ante la fascinante verdura de las plantas y la coloración infinita y variada de sus flores; allí la mujer de nues-



tros hogares encuentra regalo para sus golosinas, adorno para su cabeza y homenaje para sus muertos.....

También nosotros ¡ay! hemos ido á tomar flores para nuestro duelo; las hemos regado con lágrimas amargas y las hemos besado con boca delirante; también del florido patio hemos cortado el jazmín-rosa, ó la gardenia, de blanco y oloroso pétalo, para las trenzas de nuestra amada....

Resulta, pues, que del patio hacen las costeñas un perfumado jardín de Armida para ataviarse el púdico seno, exornarse la gentil cabeza y depositar, cuando su recuerdo lo pida y su patriotismo lo mande, una lucida y artística corona, ora en la tumba de los deudos que fueron, ora en el altar de la Patria cubierto de crespones; porque hasta ese último pedazo de tierra, que nos sepultará para siempre, hasta ese túmulo venerado de los muertos ilustres lleva, amante y patriota, la mujer costeña, las preciadas flores que cuidadosa cultivó en el reverdeciente y nunca olvidado patio!



CAPITULO VII